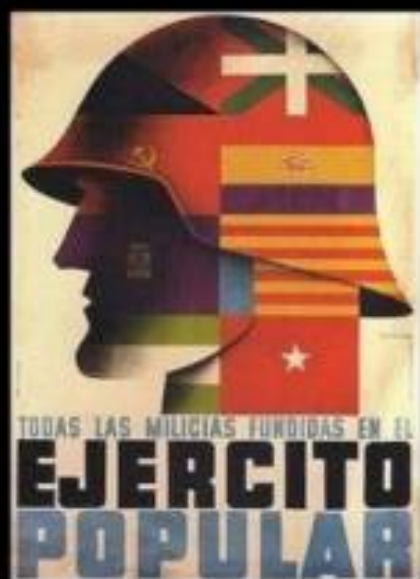


**STANLEY
G. PAYNE**



**LA REVOLUCIÓN
ESPAÑOLA**
1936-1939
UN ESTUDIO SOBRE LA SINGULARIDAD
DE LA GUERRA CIVIL

Contemplando y analizando la historia de España de los dos últimos siglos, muchos historiadores han dicho que era un país proclive a los conflictos civiles. Sin embargo, en comparación con otros, no se puede decir que en la España de los siglos XVI al XVIII hubiera una mayor tendencia a la violencia que en otros lugares de Occidente. Pero esto cambió radicalmente durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, la época en la que entró en un proceso de rápida y extensa modernización política, económica y social, para la cual no estaba preparada. Y así hasta poder afirmar, sin temor a equivocarse, que nuestro país se convirtió en el escenario perfecto para la Guerra Civil.

Sin embargo, como demuestra Payne en este nuevo ensayo, verdaderamente fueron las causas políticas las que dieron singularidad a un conflicto que él califica de «revolución», provocado por la radicalización de algunos de los partidos políticos y organizaciones obreras que alcanzaron la victoria en las elecciones del Frente Popular.

Una nueva y brillante aproximación a la Guerra Civil, un episodio que aún sigue condicionando nuestra historia social y política.

INTRODUCCIÓN

UNA ÉPOCA DE GUERRAS CIVILES

La guerra civil es una forma de conflicto con una historia muy larga. Aunque algunos estudiosos utilizan ese concepto para referirse a cualquier violencia de consideración que tiene lugar en un Estado o un país, tiene más sentido llamar guerra civil a cualquier conflicto violento y relativamente prolongado que se desarrolla dentro de una misma unidad política y que no depende directamente de la participación de fuerzas extranjeras, aunque estas intervengan en él. Puede adoptar varias formas, desde las revoluciones políticas o sociales hasta insurrecciones de diverso tipo (siempre que tengan cierta duración), luchas étnicas, rebeliones anti-coloniales y hasta la resistencia armada contra ocupantes extranjeros. Ahora bien, para ser una verdadera guerra civil de tipo moderno, debe haber una pugna armada generalizada cuyo objetivo es alcanzar el poder en el Estado.

Por lo general, las guerras civiles importantes de la Historia pueden agruparse en tres categorías: a) conflictos dinásticos sucesorios (que a veces combinan guerra civil con una gran guerra internacional, como en la guerra de Sucesión española de 1702-1714); b) guerras de secesión o de liberación nacional, y c) guerras civiles de índole política o ideológica a gran escala, destinadas a imponer o frustrar la creación de un régimen nuevo o revisado. Algunas han

conjugado distintos tipos de conflicto o incorporado rasgos que las han dotado de un carácter todavía más complejo. Por ejemplo, cualquiera de esos conflictos puede incluir a otras pequeñas luchas civiles de orden secundario que, de mayor o menor gravedad, se libran dentro de uno de los bandos contendientes. Esto ocurrió con la lucha irregular dentro de algunas de las colonias americanas (inglesas o españolas) durante su pugna por la independencia, y un siglo más tarde también en la Guerra Civil española, en la Barcelona de mayo de 1937 y en el Madrid de marzo de 1939.

La forma de guerra civil o conflicto interno con más rai-gambre histórica ha sido el conflicto sucesorio, porque en los regímenes tradicionales eran frecuentes los combates por el acceso al trono. Normalmente, se trataba de pugnas por el poder relativamente sencillas, aunque pueden encontrarse excepciones. En la Castilla medieval, por ejemplo, el más extenso enfrentamiento civil fue la guerra de sucesión de la década de 1360, que terminó con la derrota y muerte de Pedro I el Cruel. La famosa guerra de las Dos Rosas, que dominó la vida política de Inglaterra durante gran parte del siglo XV, fue un conflicto exclusivamente dinástico, mientras que la guerra civil catalana que tuvo lugar en el mismo siglo (1462-1472) fue algo diferente, ya que trajo consigo transformaciones de mayor calado en cuanto al sistema político y a sus instituciones sociales, sobre todo en lo referente a la servidumbre de una importante parte del campesinado. Algo parecido podría decirse de la guerra de las Comunidades de Castilla, que se libró entre 1520-1521. Fueron luchas provocadas en parte por lo que podemos llamar el fin de la Edad Media y el comienzo de la modernidad, pues se reclamaban tanto una reforma política como mayores derechos y representación. En la España moderna, el principal conflicto sucesorio, la guerra de 1702 a 1714, empezó como una confrontación puramente tradicional, aunque acabara alumbrando importantes transfor-

maciones institucionales en la antigua Corona de Aragón (que dejaría de existir como tal). A partir de los siglos XV y XVI, incluso en las guerras civiles fruto de problemas sucesorios, comenzaron a surgir objetivos más complejos, con elementos de índole religiosa, social e institucional, y relativos a la formación del Estado.

El segundo tipo más frecuente de guerra dentro de la misma unidad política ha sido la lucha de raíz secesionista, que en los últimos tiempos se ha denominado con frecuencia «guerra de liberación nacional». Guerras de secesión, de una u otra índole, se pueden encontrar en todos los periodos históricos y fueron relativamente habituales, por ejemplo, durante la Edad Media.

La principal guerra civil del siglo XIX en el mundo occidental, que tuvo lugar en Estados Unidos entre 1861 y 1865, fue un conflicto puramente secesionista, que, por tanto, en principio no era una guerra civil propiamente dicha, aunque así se la haya llamado normalmente incluso en Estados Unidos. Los secesionistas confederados nunca pretendieron conquistar Estados Unidos ni imponer un nuevo sistema político. En gran medida, su Constitución era una copia de la de sus enemigos, aunque con más derechos para los Estados individuales y con garantías explícitas de mantenimiento de la esclavitud negra. El combate que libraron los confederados podría considerarse la guerra de liberación nacional más grande con resultado fallido, del mismo modo que la Guerra Civil española de 1936 comportó la revolución más profunda de la historia moderna europea con resultado también fallido.

El tercer tipo de guerra civil, el que se caracteriza por un combate ideológico o revolucionario que aspira a cambiar drásticamente el sistema político y/o la sociedad con la implantación de normas totalmente nuevas, era casi inexistente en el marco político tradicional. Con todo, se podrían encontrar manifestaciones truncadas del mismo en forma

de insurrecciones de esclavos o campesinos. Parece que en algunas ciudades-Estado griegas se registraron breves conflictos de este tipo.

En la época moderna, cuyo comienzo situaríamos no más tarde de la Reforma protestante, el objetivo de la rebelión armada y la guerra civil, en ocasiones de importante calado, ha sido el de introducir modelos políticos o instituciones religiosas radicalmente distintos a los existentes, primero con las rebeliones husitas ocurridas en la Bohemia del siglo xv. Esos rasgos aparecieron también en algunos de los demás conflictos del tiempo de la Reforma, especialmente en las guerras de religión francesas, en la rebelión de los Países Bajos y en algunos otros territorios influidos especialmente por el calvinismo.

En época más contemporánea, esos rasgos generaron guerras civiles revolucionarias. El término «revolución» entró en el vocabulario político general en el siglo xvii. Durante algún tiempo se utilizó para aludir a cambios de gobierno o de instituciones políticas de carácter fundamental, aunque la denominación fue aplicándose paulatinamente para hacer referencia a cambios básicos culturales y socioeconómicos. El primer gran ejemplo tuvo lugar en Inglaterra con la guerra civil y la revolución política de la década de 1640, absolutamente distintas de la guerra de las Dos Rosas. El primer caso laico, en el que la religión secular o política sustituyó a la espiritual y tradicional, fue la gran Revolución francesa de 1789, seguida de la guerra civil de 1793-1794 y de posteriores insurrecciones revolucionarias urbanas, sobre todo la de París de 1848, que alcanzaron un sangriento punto álgido con la Comuna parisina de 1871.

La Revolución francesa fue una convulsión política e ideológica, y también muy nacionalista. No fue socialista, aunque después sería una gran fuente de inspiración para numerosos socialistas. Constituyó la revolución política y democrática del siglo xviii por excelencia, aunque incluso

en los países más avanzados la democracia genuina no se conoció durante mucho tiempo. La revolución del siglo XIX fue la del nacionalismo, de gran influencia en la mayor parte de Europa. Más tarde, en competición con el socialismo, esa revolución continuará hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial.

El socialismo creció durante la segunda mitad del siglo XIX, pero alcanzó el poder por primera vez en Rusia, la más atrasada de las potencias —no la segunda más avanzada, como Francia en el siglo XVIII— y en gran parte como consecuencia de una enorme catástrofe bélica, que destruyó el Estado y pulverizó lo que existía de sociedad civil. Ya en 1917, el concepto de revolución se había ampliado hasta aludir especialmente a acciones violentas destinadas a producir cambios drásticos en la estructura social y económica, y posteriormente ese concepto sería clave a la hora de distinguir la «verdadera revolución» de un puro y simple golpe de Estado o toma del poder. Durante la primera mitad del siglo XX, Europa no fue únicamente escenario de dos grandes guerras mundiales, sino de varias grandes revoluciones, guerras civiles revolucionarias y diversos tipos de golpes e insurrecciones políticas.

Desde Tucídides y Aristóteles, filósofos e historiadores llevan casi dos mil quinientos años debatiendo asuntos relativos a las guerras civiles. Durante la época de la Guerra Fría, cuando los focos de conflicto se fueron desplazando paulatinamente al interior de los países que entonces se denominaban Tercer Mundo, el esfuerzo por comprender la guerra civil y la revolución se convirtió en un sector de estudios en auge. Se desarrollaron taxonomías y se publicaron estudios sobre multitud de casos, además de proponerse explicaciones e interpretaciones relativas a la estructura social y a las secuencias político-históricas, así como a la formación de diversos modelos políticos.

Después del fin de la Segunda Guerra Mundial y con el comienzo de la época nuclear, las grandes guerras internacionales entre las potencias principales quedaron anticuadas, pues resultaban demasiado costosas y destructivas. Incluso en el Tercer Mundo una verdadera guerra internacional llegó a ser algo excepcional. Desde 1945, la única guerra internacional notable y continuada entre dos países fue la guerra de Irak e Irán de 1979 a 1987.

Sin embargo, durante medio siglo, el mundo ha vivido una época de guerras civiles de todos los tipos —guerras civiles étnicas, religiosas y revolucionarias, guerras civiles con o sin intervención extranjera, guerras civiles muy breves o muy largas—. Muchas de estas luchas fueron o iniciadas o estimuladas por la rivalidad de los dos bloques de la Guerra Fría, e incluso cuando una potencia como Estados Unidos intervino directamente en estos conflictos, lo hizo en lo que fundamentalmente era una guerra civil, como en Corea y en Vietnam. Pero el fin de la Guerra Fría y la disolución de la Unión Soviética no acabaron con estos conflictos, sino que continuaron por razones étnicas, religiosas o secesionistas. Fuera del mundo de los países más desarrollados de Europa y del hemisferio occidental, las guerras civiles han llegado a ser el conflicto prototípico de nuestra época. Incluso en los márgenes de Europa, en la Federación Rusa y en los países vecinos influidos por Rusia, como Ucrania, la guerra civil sigue siendo una amenaza permanente con la forma de luchas por la secesión, a veces estimuladas por la intervención extranjera.

LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS CIVILES REVOLUCIONARIAS EN EUROPA (1905-1949)

Durante la primera mitad del siglo XX, confluyendo con la época de las guerras mundiales, Europa fue asolada por guerras civiles mortíferas. En ellas, un nuevo «revolucionismo» político y social convergió con el auge nacionalista, generando en ocasiones un conflicto aún mayor. Las excepciones a estas luchas violentas domésticas fueron principalmente los países más democráticos y constitucionales del noroeste de Europa, desde Francia hasta Suecia.

Esta época de conflictos internos se inició en los países menos desarrollados y modernizados de la periferia de Europa —y más allá de esta—, con varios intentos de «quemar etapas» y de instalar cambios rápidos y revolucionarios. Así, empezó con la primera Revolución rusa de 1905, seguida por la semi-revolución iraní de 1906-1911, la gran rebelión campesina rumana de 1907, la exitosa revolución política de los Jóvenes Turcos de 1908, el golpe militar griego de 1909 —que implantó un régimen más liberal— y el inicio de las revoluciones mexicana y china entre 1910 y 1911, junto a la triunfante revuelta republicana portuguesa de 1910.

Aun así, no en todos los casos estas iniciativas radicales, con su consiguiente represión por parte de los poderes establecidos, desencadenaron mucha violencia. En Europa sí que la hubo, pero desde la represión de la Comuna de París, con sus 16.000 muertos oficialmente registrados^[1]. En Turquía hubo verdaderos actos genocidas aun antes de la guerra mundial, con unos 200.000 armenios cristianos masacrados en los pogromos de 1894 y 1909, siendo este último el primer gran estallido de violencia yihadista del siglo XX. Por otra parte, entre 1903 y 1909 se asistió en Rusia a una larga serie de acciones terroristas, realizadas de manera sistemática y a gran escala.

La suerte de estos intentos de revolución o de cambios radicales fue muy desigual. La primera Revolución rusa fue firmemente reprimida, como pasó con la rebelión campesi-

na rural rumana. La revolución iraní fracasó, y los Jóvenes Turcos fueron derrocados por la guerra mundial, aunque aspectos importantes de su proyecto sí se llevaron a cabo más tarde de la mano de Kemal Atatürk. El golpe portugués tuvo un éxito relativo durante una generación, mientras las rebeliones mexicana y china iniciaron procesos revolucionarios que duraron años.

Las rebeliones políticas y sociales pasaron directamente a Europa con el fin de la Primera Guerra Mundial, que disolvió los imperios de Rusia, Turquía, Alemania y Austria-Hungría. El suceso de mayores consecuencias históricas fue el estallido de la Revolución rusa en 1917, un proceso marcado por la imposición de la dictadura bolchevique unos meses después. El bolchevismo provocó una gran guerra civil en Rusia, la más mortífera en la historia europea, y su triunfo alentó el radicalismo en muchos otros territorios. Aunque el intento de invadir Europa entre 1918 y 1920 fracasó, la formación de la Internacional Comunista (Comintern) reforzó los intentos de iniciar procesos revolucionarios en muchos países.

La época de verdaderas guerras civiles entre revolucionarios y contrarrevolucionarios se inició en Finlandia y en Rusia en 1918, y acabaría extendiéndose a gran parte del mundo, pero sin llegar a afectar a ninguno de los países más avanzados, con la excepción, hasta cierto punto, de Alemania. La guerra civil rusa de 1918-1922 fue una catástrofe sin precedentes, con más de 10 millones de muertos (principalmente a causa de la hambruna y las epidemias, desastres en parte provocados por las políticas estatales). En los países bálticos, la guerra civil se vivió más como una guerra de liberación nacional, puesto que el objetivo no era solo derrotar a los comunistas, sino liberarse del imperialismo, tanto zarista como bolchevique. Una pauta distinta se siguió en sociedades de Estados consolidados, como Alemania e Italia, donde tuvieron lugar sangrientos conflictos políticos y sociales. En Hungría, donde un régimen revolu-

cionario asumió brevemente el poder, hubo una guerra civil de escasa magnitud, pero también surgieron múltiples movimientos de liberación de sus diversas nacionalidades, acompañados por la intervención extranjera. En países tan distantes como Polonia y Portugal, el conflicto político fue en ocasiones violento, pero no implicó revoluciones sociales y nunca desembocó en una guerra civil propiamente dicha —con la excepción de dos meses en Portugal—. Asimismo, las intentonas de insurrección comunista en Bulgaria y Estonia (1924) no lograron reavivar el conflicto y fueron duramente reprimidas. La última guerra civil revolucionaria después de la Primera Guerra Mundial tuvo lugar en España en la década siguiente, aunque la percepción de la misma se vio enormemente influida por las intervenciones extranjeras registradas en el país, de manera que, según algunos, la guerra en España, más que constituir únicamente un puente entre dos épocas, forma parte de la Segunda Guerra Mundial.

Dentro del extraño mundo de la Unión Soviética, la violencia, que continuó siendo enorme, convivió con un mínimo grado de insurgencia que no logró desatar una nueva guerra civil, y no solo por la capacidad del Estado soviético de librar una especie de guerra continua contra sus propios ciudadanos. La intermitente resistencia de ciertos sectores de las minorías musulmanas nunca logró cristalizarse en un único movimiento.

Fuera de Europa, la Revolución mexicana se prolongó durante bastante tiempo con otra guerra civil limitada provocada a finales de la década de 1920, cuando el régimen nuevo reprimió duramente al catolicismo. El proceso más caótico tuvo lugar en China, que durante años corrió el riesgo de desintegrarse. Al final, la guerra civil entre el nuevo régimen revolucionario nacionalista (Kuomintang) y el movimiento comunista, iniciada en 1927, siguió durante dos décadas un tortuoso camino que pasó por varias fases. Fue un conflicto en el que los primeros revolucionarios aca-

barían desempeñando el papel de contrarrevolucionarios contra los comunistas.

La última fase en Europa tuvo lugar en la década de 1940, formando una parte del complejo proceso de la Segunda Guerra Mundial en los países balcánicos. En la Yugoslavia ocupada por los alemanes, y después en Grecia, se desarrolló una especie de guerra civil multipolar. Entre 1943 y 1945, en la Italia septentrional ocupada se libró una forma de guerra civil asimétrica entre fascistas y antifascistas, mientras que en las fronteras occidentales de la Unión Soviética se registraron conflictos internos, con la misma forma de guerra civil asimétrica, por parte de nacionalistas y patriotas ucranios, polacos y bálticos en contra de la ocupación soviética —en los países bálticos, el conflicto no desapareció totalmente hasta mediados de la década de 1950—. La última guerra civil europea propiamente dicha se libró en Grecia entre 1944 y 1949. En Yugoslavia, con la ayuda del Ejército soviético, ganaron los comunistas, mientras que en Grecia, gracias al apoyo de los británicos y norteamericanos, triunfaron los anticomunistas.

LA GUERRA CIVIL EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

A lo largo del medio siglo de Guerra Fría que siguió al conflicto mundial, estallaron insurrecciones revolucionarias en muchas partes del entonces denominado Tercer Mundo en lugares como Vietnam, Filipinas, Malasia, Cuba, Yemen, Nicaragua, Angola y Mozambique, por citar solo algunos ejemplos. En la mayoría de esos países se crearon condiciones que favorecieron las insurgencias y la guerra interna, y en algunos tuvieron lugar guerras civiles de consideración. Organizaciones terroristas de carácter revolucionario causaron graves conflictos en Turquía, en varios países hispanoamericanos y, en realidad, en una parte considerable del

mundo, incluyendo Italia y España, aunque sin llegar a generar condiciones cercanas a las de una verdadera guerra civil, salvo en varios países hispanoamericanos. Cuando dichas condiciones coincidieron con reivindicaciones de carácter nacionalista —combinando la revolución del siglo XIX y la del XX—, los conflictos se agravaron aún más.

Lo característico de las guerras civiles revolucionarias del siglo XX era enfrentar a los colectivistas revolucionarios —generalmente comunistas, pero no siempre— con diversas fuerzas conservadoras o, al menos, anticomunistas y contrarrevolucionarias, que iban desde los grupos liberal-demócratas hasta los fascistas. En varios casos importantes, como los de Rusia y China, los revolucionarios ganaron, aunque, por lo general, los contrarrevolucionarios se impusieron en Europa —Finlandia, el Báltico, Hungría, España, Grecia— y las insurrecciones revolucionarias fueron reprimidas en Filipinas, Malasia, Centroamérica y otros lugares.

Una de las diferencias principales entre las guerras civiles revolucionarias, los conflictos internacionales y las guerras civiles de cuño más tradicional se encuentra en su mayor tendencia a la deshumanización del oponente y en el alcance relativo de las atrocidades cometidas contra la población civil, aunque es evidente que casi todos los conflictos implican algún tipo de atrocidad contra los no combatientes. En las guerras civiles tradicionales generalmente había una mayor disposición a reconocer la humanidad del adversario, como ha sucedido también en muchas guerras internacionales. Por el contrario, las guerras civiles revolucionarias podrían considerarse combates entre civilizaciones opuestas, entre unas concepciones del Estado, de la sociedad y de la economía radicalmente distintas que no toleran compromiso alguno.

Sus protagonistas han tendido a ver en el oponente no solo a un adversario político, sino al portador de una cultura o una religión totalmente enemiga, de un credo absolu-

tamente distinto con unos valores y una moral que ponen en peligro todas las dimensiones vitales. En consecuencia, es habitual que el objetivo en esos casos no sea solo la victoria militar, sino la completa extirpación —de una u otra forma— del oponente, lo que con frecuencia ha desembocado en represiones y ejecuciones de carácter masivo. Aún antes de que se produjeran las revoluciones modernas, varios observadores ya señalaron esta tendencia en las guerras civiles.

Otros dos aspectos incrementan el derramamiento de sangre durante las guerras civiles. El primero es la ausencia de una línea clara divisoria entre los dos contendientes dentro del mismo país, de manera que la posibilidad de que exista un «enemigo interno» es mucho mayor que en las guerras internacionales. Esta es una circunstancia ubicua, que dramáticamente pone de relieve el concepto de «quinta columna» desarrollado en la España de 1936. Aparte de esto, la quiebra de la ley y del orden durante las guerras civiles permite, y en ocasiones fomenta, la comisión de actos violentos por motivos privados, frutos de deseos de venganza estrictamente personales, a veces de índole nada política.

Fue durante la guerra civil estadounidense cuando surgió la expresión «rendición incondicional», que hace imposible cualquier compromiso dirigido a permitir la existencia continuada de ambos bandos. En una unidad política no partida, solo un bando puede ostentar el monopolio de la violencia. «Por esta razón, las guerras civiles son las más brutales de todas, acentuando la animadversión y el ejercicio de la violencia hasta llevarlo a límites extremos»^[2]. Sin embargo, en las guerras internacionales que enfrentan a dos estados consolidados con frecuencia se produce cierto grado de reconocimiento, tanto del enemigo como de las normas de la guerra, y ninguno «se esfuerza por destruir totalmente el enemigo»^[3].

Por el contrario, las guerras civiles «generan un grado ilimitado de radicalización». Las contiendas civiles y las internacionales están «conceptualmente en las antípodas», ya que las primeras se impulsan gracias a «cuestiones de índole religiosa, valores, factores ideológicos y principios»^[4].

Mao Zedong ya señaló que «la revolución es la movilización del odio». La consiguiente violencia revolucionaria es importante por su simbolismo y por su función religiosa, tanto como violencia sacrificial y redentora como por la función purgativa que conlleva el asesinato de chivos expiatorios. Por su parte, los contrarrevolucionarios, que condenan la violencia revolucionaria, ven en el sacrificio de los chivos expiatorios muertos por esa violencia una función redentora que les identifica como mártires. Postulan que ese sacrificio tiene un carácter redentor para la propia causa contrarrevolucionaria.

El caso más puro de esta tendencia se dio después de la Guerra Civil española, cuando se produjeron una serie de beatificaciones de miembros del estamento eclesiástico martirizados. El fenómeno se observó por primera vez en la Europa moderna durante las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, manifestándose hasta sus últimas consecuencias durante el Terror de la Revolución francesa, que pudo acabar con la vida de 40.000 personas, mientras que en la consiguiente guerra civil, que también llevó el terror a varios distritos rurales, la cifra de muertos en las matanzas puede alcanzar los 200.000. Asimismo, en algunos países la represión contrarrevolucionaria fue igualmente mortífera, empezando por la represión de la Comuna de París en 1871.

ESPAÑA, ¿PAÍS DE GUERRAS CIVILES?